

– Los peruanos somos grandes nostálgicos, pero yo hace tiempo que he reducido mi país, según muy buenos consejos de Mario Vargas Llosa, a unos cuantos amigos y paisajes, Y, eso sí, me encanta viajar por los Andes, sobre todo por los Andes centrales, los menos conocidos. Viajé mucho con mi padre por esas ciudades como Tarma, por ejemplo, o Huaychulo. Y no me canso de ir nunca.

– *En alguna ocasión ha dicho no creer en la «novela comprometida» y, sin embargo, es uno de los escritores que mejor han explicado Perú, aunque fuera involuntariamente, como en el caso de Un mundo para Julius, que, según ha contado, escribió sin conciencia alguna de su trascendencia política y que fue la crítica la que la encontró después. ¿Se siente cómodo en ese papel de analista político que a veces se les impone a los escritores de ficción?*

– La verdad es que soy tan escéptico con las cosas de la política peruana que me abstengo por completo de opinar sobre ella. Además, yo creo que si a los escritores se les otorga ese don de analistas políticos, ello se debe a que nuestra sociedad civil aún no ha cuajado ni madurado. Y ya es un hecho aceptado por que el Congreso de la Nación es un nido de ratas y víboras, una forma de enriquecerse quienes no sirven para nada. Y prácticamente no hay excepciones.

– *Tiene fama de ser un excelente conversador. De hecho ha contado que su estilo literario se forjó tras cientos de horas conversando con un amigo abogado. ¿Con qué otros amigos o escritores ha disfrutado o disfruta más en una charla?*

– Me gustaba muchísimo conversar con Carlos Barral, mi primer editor. Y participar en una reunión con mis amigos del colegio o con algunos de la universidad, allá en Lima es un deleite. Con Joaquín Sabina y Angel González nos dan las mil y quinientas, cuando nos juntamos. Un buen conversador o un buen cuenta cuentos hace que uno se quite el sombrero de entrada e incluso lo olvide al partir.

**«Yo hace tiempo que he reducido
mi país a unos cuantos
amigos y paisajes»**

– Después de catorce años seguidos en Europa, y treinta y cuatro en total fuera de Perú, volvió a Lima, y ahora de nuevo vive entre su ciudad y Barcelona. ¿Siente esa necesidad de verse siempre como un «quedado», esa palabra que prefirió a exiliado –o exilado– para definirse?

– Recientemente una periodista lo definió mejor, creo yo: «Bryce, sin sus ires y venires, no sería Bryce».

– ¿Por qué tantos personajes suyos, desde Martín Romaña a este Bienvenido Salvador Buenaventura de su última novela, se pasan la vida cayéndose del caballo, saliéndose del carril que parecía haberles señalado el destino? ¿Le gusta la gente que se atreve a renunciar, a equivocarse?

– Pues sí, me atrae mucho, y me fascinan los seres incoherentes y contradictorios. Y los trasterrados que se enfrentan con su rosa y sus lágrimas a nuevos mundos sociales.

– En los últimos tiempos, ha pasado por la desagradable experiencia de ser acusado de plagio. Usted denunció que todo había sido una campaña orquestada por sus enemigos políticos y ahora los jueces han fallado a su favor. ¿Se siente liberado?

– Ese fue un complot urdido por una periodista venal y un autor resentido al que le dije que dejara de enviarme sus manuscritos, pues escribía con los pies. Éste último ya se había metido también con Mario Vargas Llosa, sin éxito alguno, y me imagino que ahora me tocaba a mí. A medio camino me pidió reconsideración y reconciliación. Me negué. Y luego el tipo se negó a un peritaje. Ahora ha apelado, por supuesto, pero yo creo que sin mucha opción de que le resolución que me es favorable cambie. Lo que sí es cierto es que se está gastando la fortuna que tiene en ello. Pero yo confío en que el tipo que vino por lana salga trasquilado. Cuarenta años escribiendo artículos que en España se han publicado en Anagrama en tres tomos y veinte años como colaborador de EFE me avalan. A qué santos copiar a un autor muy mediocre cuyo castellano es lamentable y que no sólo publi-

«Lo del plagio fue un complot urdido por una periodista venal y un autor resentido»

ca sus libros con su propio dinero sino que además los regala por calles y plazas de Lima. Un desesperado, en fin.

– *«Miento por diversión» asegura en una entrevista, refiriéndose, claro, a su capacidad para fabular y construir ficciones, como le ocurría a Max, el protagonista de Reo de nocturnidad. ¿Le ha pesado en alguna ocasión ese gusto suyo por la mentira?*

– El arte de mentir (no de engañar a nadie, cosa absolutamente distinta) ya fue objeto de un maravilloso ensayo de Oscar Wilde, *La decadencia de la mentira*. Y como dijo alguien que, a lo mejor fui yo mismo, «Yo miento para contar mejor la verdad» y «Soy un mentiroso que dice siempre la verdad».

– *Siempre que se habla de su obra aparece, además del humor, la palabra ternura ¿en qué diría que consiste para usted esa mirada tierna a la vida, a las personas?*

– Soy, como Stendhal, mi escritor preferido, un egotista, que nada tiene que ver con egoísta. El egotista es aquel que privilegia el afecto por la vida privada.

– *Dice en sus memorias que «sí hay males que duran más de cien años, pero no que hay cuerpo que lo resista más de cincuenta». ¿Se ha hecho con la edad más moderado?*

– Digamos que me he vuelto más prudente.

– *Nicanor Parra inventó la «antipoesía», usted se apuntó a las «antimemoria» ¿es que ya sólo se puede escribir contra los géneros?*

– Yo tomé la idea de las *Antimemorias* de André Malraux, quien afirmaba que, desde que existe el psicoanálisis, las memorias están de más, son imposible. Y sólo se puede escribir *Antimemorias*.

– *En el número anterior de Cuadernos Hispanoamericanos, Juan Cruz le dedica un artículo en el que habla de su amor por el orden, y sorprende descubrir su casi obsesión por que cada objeto esté en su sitio ¿sólo con el orden exterior se siente capaz de narrar el desorden de la vida?*

**«Soy, como Stendhal, mi escritor preferido,
un egotista, que nada tiene que ver
con egoísta»**

– Son las grandes incoherencias, las contradicciones de los seres humanos. Detesto el desorden y sobre todo en casa, pero al mismo tiempo soy capaz de salirme de mí mismo y literalmente pintar el pueblo de otro color, según la expresión americana.

– *«Nunca se está tan mal que no se pueda estar peor» ¿Es usted un fatalista o, visto de otra forma, es su particular forma de optimismo?*

– Ni lo uno ni lo otro. Siempre digo que soy un pesimista que desea que todo salga bien.

– *La última pregunta se la he pedido prestada a su amigo y admirado Ángel González, quien quiso saber si usted, que se rodea a menudo de poetas, ¿nunca ha sentido la tentación de escribir poesía como sí lo han hecho Vargas Llosa o García Márquez, también novelistas ante todo y también amigos suyos?*

– Me he sentido siempre ajeno por completo a la poesía, no como lectura sino como algo que yo podría escribir. Ni siquiera «fragué» los infalibles poemas de adolescencia, Ni uno solo ©

**«Ni fatalista ni optimista, siempre digo
que soy un pesimista que desea
que todo le salga bien»**